

EDITORIAL

Sin duda alguna, el acontecimiento más importante a escala mundial durante el año 2001, estuvo constituido por los ataques del 11 de septiembre contra las torres del World Trade Center de Nueva York y el Pentágono en Washington. Tales hechos pueden haber provocado un cambio importante en algunas representaciones del mundo, en especial en los países del norte del planeta. En efecto, el 11 de septiembre dejó en claro que la violencia, que forma parte de la historia internacional y se creía hasta ahora concentrada en los países del sur, tiende a diseminarse. Además, estos hechos muestran que en la escena internacional, frente al monopolio de la fuerza en manos de los Estados y los conflictos protagonizados por ellos, hemos de añadir otros actores, en la medida en que surgen o renacen fuentes de acción violenta con propósitos y capacidades para producir acciones internacionales. Así, tales fenómenos encarnan en grupos y sociedades que, a su manera, protestan contra la globalización o contra un modelo económico y político que ellos ven como una imposición del Occidente desarrollado. A esta concepción han contribuido los fracasos en la integración social en muchos países, el sentimiento de marginación y de aislamiento, y el surgimiento de una capacidad tanto financiera como técnica al servicio de propósitos políticos y que puede producir actos terroristas de vastos alcances.

Es un hecho que, antes del 11 de septiembre, la lucha contra las drogas figuraba en un puesto muy importante de la agenda internacional de los Estados Unidos, a la par del comercio, las inversiones o el nuevo equilibrio estratégico; después de esa fecha, el terrorismo internacional ocupa el primer lugar en la agenda exterior de la gran potencia. Algunos países y regiones han adquirido ahora importancia específica para la política exterior de los EE.UU. y la política global, mientras que otros actores internacionales, con los

cuales existían situaciones de tensión, han visto fructificar alianzas antes inesperadas. El llamado de EE.UU. a luchar contra el terrorismo ha obtenido el apoyo de numerosas organizaciones multilaterales, entre ellas las Naciones Unidas, la Unión Europea, la OTAN, la Organización de Estados Americanos, la Organización de la Conferencia Islámica y la Organización de la Unidad Africana.

Además, los hechos de septiembre y las reacciones de la opinión pública y de los gobiernos en algunos países, han vuelto a poner de presente el tema de la diversidad cultural y sus relaciones con la diversidad política, y en ocasiones con el sentimiento de tolerancia o intolerancia respecto del Otro. Frente a la enorme ingenuidad de la teoría del fin de la historia, de Fukuyama, ha vuelto a ser materia de discusión la pertinencia o no de un presunto "choque de civilizaciones", preconizado por Huntington. Con independencia de las objeciones que podemos oponer a sus planteamientos, en cuanto prioriza el conflicto sobre la cooperación, y no da cuenta de las variaciones históricas locales ni de las diferencias culturales dentro de las llamadas «civilizaciones», hemos de reconocer el aporte que significa introducir la variable cultural en las relaciones internacionales. La globalización, proceso iniciado realmente desde el siglo XIX, y acelerado en las dos últimas décadas, no ha podido ocultar las diferencias en la visión del mundo, en las escalas de valores, en los sistemas sociales y en las aspiraciones de diversas naciones y grupos de opinión o de activismo político y religioso.

Por lo que hace a las relaciones entre EE.UU. y Colombia, no hay que olvidar los avances del "Plan Colombia" y el hecho significativo de que, entre la treintena de organizaciones consideradas por EE.UU. como terroristas, figuren tres colombianas: las FARC, el ELN y las AUC. Cabe preguntarse, además, si la realidad surgida de los hechos del 11 de septiembre, más la dinámica interna colombiana, pueden llegar a desplazar y en qué medida, a la ayuda militar que presta Estados Unidos al país en el marco del "Plan Colombia". En efecto, la identificación del narcotráfico (una fase específica del tema más global de las drogas) como una muy importante fuente de violencia, y las asociaciones eventuales entre este fenómeno y los ataques guerrilleros a la infraestructura del país, así como la práctica de secuestros y otras violaciones al Derecho Internacional Humanitario, podrían llevar a un cambio de destinación de la ayuda de Washington a Bogotá e imprimir un giro al proceso de paz que la administración Pastrana adelantó con las FARC.

El número doble de la revista Desafíos, que el lector tiene en sus manos, tiende a responder parcialmente a las múltiples inquietu-

des derivadas de esas nuevas realidades. Así, Diego Cardona analiza los posibles efectos del 11 de septiembre, dentro de los Estados Unidos, en las relaciones de dicho país con el mundo, y en general en el sistema mundial. Rubén Sánchez inicia una exploración de las principales características del gobierno Bush, comparado con el de su predecesor, Bill Clinton. Por su parte, Vicente Torrijos trata los diversos aspectos vinculados al tema del terrorismo y las implicaciones del mismo en la agenda actual. En otro sentido, Stéphanie Lavaux se refiere a la seguridad y la defensa de la Unión Europea y su capacidad relativa para afrontar los diversos retos globales en estas materias.

La importancia de los temas culturales en el mundo contemporáneo, es tratada en dos artículos: María del Rosario García estudia el Islam y su escala de valores, así como el caso concreto de Afganistán; mientras, Adriana Serrano recuerda que buena parte del continente asiático posee también otra escala de valores en la cual aún mora el espíritu confuciano.

En cuanto al caso colombiano, Manuel José Bonett emprende un recorrido por las que él considera las principales características y problemas de la Colombia de hoy, incluyendo las relacionadas con el conflicto y las posibles soluciones. Y, Natalia Springer aborda el tema de las "comisiones de la verdad" en varios países del mundo, como presupuesto para una propuesta de conformación eventual de un instrumento semejante en Colombia.

Finalmente, se incluye un artículo de José Alonso sobre un tema estratégico en el continente americano que, analizando las relaciones entre el Estado mexicano y el Vaticano en el período Salinas de Gortari, se ubica en el marco de la discusión más general entre neoliberalismo y relaciones Estado-religión.

Los(as) lectores(as) encontrarán, además, una serie de interesantes documentos cuya selección ha buscado complementar la temática tratada en el presente número.